

Amor carnívoro

Siempre me ha gustado la carne.
Por eso, mi amor fue apasionado.

Al principio te daba mordisquitos:
pequeñas dentelladas
en tus alas de pollita,
chupándome los dedos para no dejar de ti
ni la esperanza.

Luego te fui amando,
como se aman los avestruces esta tarde
que la lluvia se ha cansado de caer;
y a medida que te amaba
más y más, te iba devorando lentamente.

Siempre prefería comerte la mirada,
para ver tu propio cuerpo
con ojos que no fueran estos ojos míos,
contagiados de tu vida.

Después, si era sábado o tal vez jueves,
arremetía ferozmente contra tus pechos,
bálsamo y carne ardiente,
y me los tragaba de un tirón.
No puedo explicar cómo saben tus pechos
(ya sabes que a mí siempre
me ha costado pronunciar me sobre ti),
pero tú ya me entiendes...

En ocasiones, si la luna acompañaba
o estábamos envueltos de estrellas moribundas,
solía continuar con tus orejas,
para escuchar en mí
la chopeniana melodía de tus besos...
pero no quiero engañarme:
tú ya no tienes besos

porque tus labios, como destellos horrísonos,
fueron pasto de mis ansias hacia ti.

Siempre me ha gustado la carne.
Tal vez por eso, mi amor fue apasionado.

(No fue un amor de incógnitas miradas en el cine,
llenando de palomitas los huecos de tu lengua;
ni fue un amor pausado —ningún amor lo es,
ni fue un amor prohibido, ni fue un amor taimado.)

Me gustaba proseguir con tus costillas,
repelando en lo profundo de tu cuerpo
tus vísceras y salsas más calientes.
Y luego me bañaba en tu ombligo,
y me lo bebía a sorbos
(pequeños tragos como quien bebe «bourbon»)
y luego descendía a lengüetazos
al interior de ti,
para morder el corazón del grito
y quedarme para siempre entre tu piel.

Para acabar, dormía,
dando bocados como besos,
acurrucado fetalmente
entre la carne de tus livianos muslos,
aún con hambre de tu cuerpo.

Siempre me ha gustado la carne.
Por eso, mi amor fue apasionado.

Y cada mañana
te rehacía nueva y hermosa,
para poder tragarme
cada noche
tu cuerpo
y tu carne...
y tu vida...

Epitafio

Quedará escrito aquello que yo fui
y luego me recogeré.

No me hará falta despedirme de nadie,
porque nadie me recuerda,
y si las palomas os preguntan por mi cuerpo
decid que me he fundido con el mar...

tal vez así los días
se vistan de amarillo
y pueda ser entonces
aquello que no fui.

Lo dejaré escrito en alguna esquirla
del pecho huracanado,
con matices de una espalda no besada
y un espejo que guarda en su interior
promesas de un recuerdo roto.

Y luego me iré...
como quien quiere encontrar una mirada.
Pero lo que fui quedará escrito.

Después, quizás, me veáis en la sombra
del árbol adormecido, buscando un susurro,
y tal vez en lo lejano
os parezca oír el eco infinito
de los pasos que yo di;

pero no os engañéis:
yo me habré ido
a cantarle a mis adentros
las canciones de un ayer desolado.

Y luego nada.
Quedará aquello que yo fui,

o lo que he intentado ser,
y más tarde,
con la tranquilidad del alma reposada,
podré marcharme lejos
a ser aquello que no fui
cuando me tocó ser
otro yo
en otro cuerpo
y en otro tiempo...